

compatriotas, al sueldo de Francisco I. De Frundsberg decían los soldados que el rey de Francia, si hubiera tenido aquel hombre adicto á su causa, lo habría considerado lo mismo que si hubiese ganado todo el imperio alemán. Frundsberg, á quien su gente miraba adicto al Evangelio y enemigo del clero, dijo que si llegaba á Roma ahorcaría al Papa. Habiendo pignorado sus bienes propios y hasta las joyas de su mujer con las que le había enviado el archiduque Fernando, enganchó tropa y á principios de noviembre pasó revista en el valle del Adige á 11,000 infantes escogidos, de los cuales 4,000 servían sin sueldo. Esta tropa, pasando por caminos casi intransitables, atravesó los Alpes sosteniendo á su anciano jefe en los puntos peligrosos con sus manos y largas picas, y á fines de diciembre avisó al duque de Borbon de su llegada á Piacenza, preguntando lo que debía hacer despues de «haber pasado por elevadas cumbres y por aguas profundas, sin comer y falto de lo mas necesario y habiendo atravesado por entre las fuerzas enemigas.»

Despues de meses de inactividad volvieron á verse las huestes imperiales delante de la ciudad eterna. Mientras el duque de Urbino dirigía con la mayor lentitud posible la causa de los aliados, ya en el interés de Venecia, ya por rencor personal contra los Médicis, trató el Papa con Lannoy para hacer la paz con la Francia, disponiendo de cuando en cuando algunas embestidas belicosas. Por otra parte pasó tambien algun tiempo antes de que Borbon, con su gente mal pagada, realizara su union con la de Frundsberg, ocurriendo, segun Baumgarten, todos los dias pequeños motines, y cuando no, se oponía el tiempo, hasta que el auxilio del duque de Ferrara decidió el avance de las turbas indisciplinadas. Todavía sus grandes sacrificios en dinero, víveres y pertrechos no pudieron impedir que á mediados de marzo de 1527 estallara primero entre los españoles y luego entre los alemanes una verdadera sublevación causada por el descontento general. Borbon tuvo tiempo para salvarse de los españoles furiosos, que le buscaron en todos los rincones de su alojamiento, mientras los alemanes robaron cuanto pudieron. El mismo Frundsberg, que se presentó en medio de los soldados sublevados para tranquilizarlos como otras veces, no fué oído en aquella ocasion y hasta se vió amenazado por las lanzas de sus tropas, lo cual tan gran disgusto le causó, que sufrió un ataque apoplético que le tuvo largo tiempo en cama y solo se restableció lo bastante para regresar á su país y morir allí. El ejército siguió adelante llevando consigo á sus jefes y desechando un armisticio celebrado entre el emperador y el Papa como si no estuviese hecho; atravesó en medio de las nieves y lluvias el país, saqueando é incendiando por donde pasaba; pero los españoles, camaradas entonces de los soldados alemanes, llevaban víveres para ocho dias á fin de ganar tiempo y no detenerse. Toda aquella fuerza entre infantes y jinetes subía á unos 20,000 hombres, la mitad alemanes. A fin de hacerles retirar, se les ofreció dinero por parte del Papa y cuando éste vió que pedían hasta 300,000 ducados abandonó su convenio con Lannoy y volvió á tomar el partido de la liga italiana. Parecía que todo el mundo se veía arrastrado por la fatalidad y tan tétrica y siniestra se presentaba la situación, que un demente se encaramó desnudo sobre una estatua del apóstol San Pablo y gritó: «¡Ay de tí, bastardo sodomita, tus pecados destruirán á Roma; arrepiéntete y conviértete!» En la ciudad se esperaba recibir socorro de Urbino, que acudía detrás de los imperiales, y los romanos por su parte estaban decididos á defenderse esta vez mejor que en el otoño anterior.

El 4 de mayo, el dia antes de presentarse los enemigos, proclamó el Papa la guerra santa contra «estos luteranos y marranos.» A la noche siguiente reunió Borbon su consejo

de guerra en la pequeña iglesia del elevado convento de San Onofre. Su ejército se había aumentado hasta el doble con las fuerzas italianas que se le habían agregado. Aquellas hordas hambrientas, ávidas de dinero, habían dejado atrás su artillería para hacer de 20 á 24 millas por dia y finalmente se veían delante del objeto de su codicia, de su odio y de su desprecio. Si Hutten hubiera visto los terribles dias de mayo de 1527 no habría cabido en sí de júbilo, y en efecto, apenas había alemán, católico ó luterano, que no tuviera á la Roma moderna, como Lutero, por la «madriguera del diablo.» En el espíritu de muchos infantes mercenarios debieron revivir ciertamente las antiguas profecías de un gran castigo de la corrompida capital del cristianismo; y los mismos españoles estaban convencidos de que Roma era el foco de toda perversidad, y en lugar de ser la cabeza, era la letrina del mundo. El desprecio que inspiraban el clero y sus siervos afeminados á los enemigos, hizo que estos al amanecer del 6 de mayo procedieran con mucho brio al asalto, sin esperar su artillería. El fuego de los de dentro fué en gran parte ineficaz á causa de una espesa niebla, y todo marchaba bien cuando Borbon, con un pié en la escala de asalto haciendo señal á su gente para que le imitara, recibió un balazo que le dejó sin vida. Entonces, tanto los españoles como los mercenarios alemanes renovaron el ataque con desprecio de la muerte y á la noche estaba en poder de aquellas tropas toda la ciudad con excepcion del castillo de Sant-Angelo. Los vencedores, habiendo perdido á su jefe, ya no tuvieron lástima ni misericordia.

Desde los dias espantosos de la entrada de los normandos en 1084, no había visto la ciudad eterna iguales horrores, los cuales continuaron durante semanas; las crueldades, la licencia, la codicia y todos los excesos hicieron de la ciudad un aquelarre, tan espantoso, que no solamente los testigos oculares, sino tambien historiadores de nuestra época apenas pueden vencer su repugnancia al referir aquellos sucesos; y sin embargo innumerables ciudades menos grandes y menos afamadas padecieron los mismos horrores de parte de una soldadesca desenfrenada, que solo tratándose de Roma parecen mas excesivos que los sucedidos en otra parte. En medio de las escenas horribles de tormentos y de las orgías acostumbradas, las luchas capitales de la época nos recuerdan escenas como la de los soldados alemanes ataviados como cardenales proclamando papa á Lutero enfrente del castillo de Sant-Angelo. Un observador español relata con horror los vilipendios que la tropa cometió con las hostias consagradas y con las reliquias, y por supuesto tambien con los clérigos sin diferencia de categoría. El antiguo contrario de Lutero en el parlamento de Augsburg, el cardenal Cayetano, fué paseado por las calles ridículamente ataviado y conducido por los soldados alemanes; y uno de sus colegas fué echado en un féretro, cantando la soldadesca sus exequias y arrojándole finalmente á una tumba abierta, hasta que la víctima se salvó prometiéndoles una suma enorme.

Sin razon se ha acusado á los vencedores de haber destruido obras de arte en masa, ya que en cuanto á esto se portaron mejor, como dice Gregorovio, que los bárbaros (1) que destruyeron el castillo de Heidelberg y la catedral de Spira. No obstante, la destrucción fué grande y un testigo ocular español escribió á Gattinara que ni en 500 años se restablecería Roma de aquel golpe, porque los horrores eran tales que faltaba tiempo, memoria, papel y tinta para describirlos. Clemente VII se sostuvo un mes en el castillo, pero viéndolo

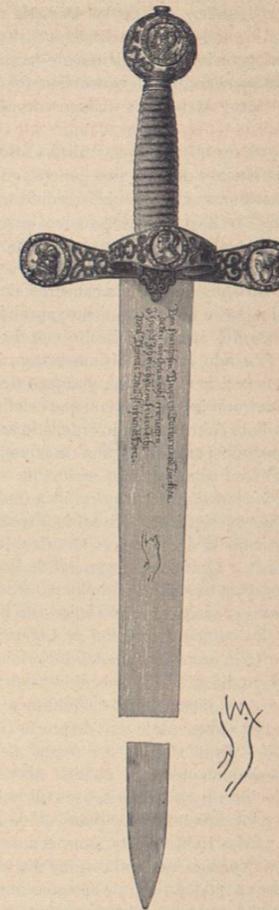
(1) Quiere decir los franceses que destruyeron en 31 de mayo de 1689 el castillo de Heidelberg y la catedral de Spira y que volvieron á destruir esta última en 1794. (N. del T.)

se completamente abandonado, no le quedó mas recurso que capitular y lo hizo en 5 de junio entregándose á los imperiales. La soldadesca alemana le encontró, segun dice uno de sus jefes Sebastian Schartlin, con doce cardenales en una reducida sala, todos mas muertos que vivos. Muchos lloraban y los soldados que les prendieron se hicieron todos ricos, segun escribe el jefe alemán, tanto que hubo soldado raso que se vió en un momento poseedor de 20,000 á 40,000 ducados. Uno de estos soldados fijó la punta de la santa lanza en su pica, y el mismo Schartlin se llevó á su patria, la Suabia, además de los tesoros que había conquistado, una reliquia, á saber: la gruesa cuerda con la cual se había ahorcado Judas. Los españoles se burlaron de los romanos, á quienes habían saqueado, diciendo que en adelante rogarían á Dios por ellos, ya que les debían mas que á sus propios padres carnales.

El florentino Vettori no se sabe explicar la flojísima resistencia que hizo la población, entre la cual se contaban por lo menos 30,000 varones aptos para las armas, siendo muchos de ellos espadachines pendencieros con barbas largas que les llegaban hasta el pecho; pero, dice aquel autor, mostraron con su conducta que hombres orgullosos, codiciosos, vengativos, licenciosos é hipócritas no pueden sostenerse mucho tiempo, y Dios castiga á veces á los que tienen estos vicios por medio de sus enemigos y de criminales peores que ellos. En efecto, los citados vicios y otros mayores tenían los habitantes de Roma y en especial los hijos y naturales de la ciudad eterna.

No fueron solamente los alemanes los que pensaron, al ver el infortunio de Roma, en un gran juicio de Dios bien merecido y en el cumplimiento de muchas profecías, sino que tambien se manifestaron iguales ideas entre los italianos y hasta entre los españoles, adictos al emperador y partidarios de una reforma eclesiástica. Varones de opiniones tan completamente diferentes como el piadoso cardenal Cayetano y el escéptico hombre de mundo Guicciardini, coinciden perfectamente en su juicio sobre el gobierno ignominioso de Roma. El cardenal vió la justicia divina en aquel espantoso saqueo; pero Guicciardini, el inteligente florentino, confiesa con toda la franqueza de que eran capaces los hombres del Renacimiento que él había servido á los papas, no por convicción, sino por su propia conveniencia, y que á no haber sido así, habría amado á Martín Lutero como á sí mismo, no para desprenderse de las obligaciones tradicionales de la religion cristiana, sino solamente para ver aquella cohorte de infames reducida á sus límites correspondientes. Ideas análogas de la necesidad de una reforma eclesiástica que debiera ante todo acabar con el poder temporal de los papas se encuentran expresadas en términos mas robustos en los escritos de muchos españoles distinguidos, como por ejemplo Lope de Soria, que en el verano de 1526, siendo embajador de Carlos cerca de la república de Génova, recomendó al emperador, por ser cosa que á él solo incumbía, el severísimo castigo del Papa, que descuidaba sus deberes. Lope de Soria añadía que con esto el emperador ejecutaria una obra agradable á Dios y que serviría de ejemplo y aviso á los papas venideros. Este mismo diplomático, á pesar de su larga práctica y de su conocimiento de la Italia y de sus circunstancias, declaró que los papas eran la causa única de los desórdenes en la cristiandad, y aconsejó al emperador, despues de la conquista de Roma, que como señor soberano de la tierra redujese al papado á sus incumbencias puramente espirituales y reformara así la Iglesia. Bartolomé Gattinara, sobrino del canciller del mismo nombre y encargado de tratar con el Papa prisionero, escribió desde Roma al emperador, en 24 de mayo de 1527: «Aguardamos las inmediatas

disposiciones de V. M. respecto del gobierno de Roma, á saber: si en esta ciudad debe haber ó no en adelante una especie de silla apostólica.» Otros españoles que á la sazón se hallaban en Italia hablan igualmente de juicio de Dios y de reforma, y uno de ellos, que á la vista del Papa prisionero vertió lágrimas, escribe no obstante que todo el mal quedaria abundantemente compensado con la reforma de la Igle-



Espada de Jorge de Frundsberg

La inscripción, grabada en ambas caras de la hoja, dice, traducida del alemán:

«El muy conocido señor Jorge de Frundsberg me llevó al través de muchos países. En trece batallas vertimos animosos mucha sangre enemiga, de franceses, húngaros, tártaros y turcos, de los cuales degollamos á muchos. Ahora permanezco en reposo, pues que es mi dueño Tomás Moll.»

Consérvase en el Museo de Artillería de Viena.

sia, ya que ésta se hallaba enteramente en manos del emperador y de los prelados españoles.

Estas opiniones encontraron naturalmente eco en la misma corte; el emperador publicó su correspondencia con el Papa, y en opinion de un embajador de Venecia se encontraban en este librito expresiones de una precision y contundencia dignas del mismo Lutero. Dos otros escritos, aunque no oficiales, publicados por dos hombres que vivían cerca de la persona de Carlos, á saber, Alfonso Valdés, se-

cretario de Gattinara y autor de la Apología del 17 de setiembre de 1526, y su hermano Juan, respiran los principios de Erasmo; y en efecto, el emperador y el alto clero español concedieron justamente entonces su protección á Erasmo, tan aborrecido por los frailes. Los escritos aquellos estaban redactados en forma de diálogos, de los cuales el primero, hablando de la reforma eclesiástica provocada por el emperador, concluye diciendo que en adelante se diría que Cristo había fundado la Iglesia y que Carlos la había restaurado. También hablan los diálogos mencionados contra el Papa, el celibato, la exageración supersticiosa de la virtud de las imágenes y reliquias y contra la conversión forzosa, en lo cual, por supuesto, no estaban los diálogos de acuerdo con el emperador.

Según parece, desde un principio utilizó Carlos las ideas de reforma eclesiástica y del concilio general como medio para sus planes políticos, según había sucedido tantas veces desde los grandes concilios del siglo XII; pues cuando se presentó la ocasión de realizar tales innovaciones, no se mostró seriamente afecto á ellas, como podría haberse esperado de un discípulo de Adriano. Antes de la catástrofe de Roma había sido muy ambiguo su comportamiento; aprobó el avance de Borbon, á pesar del armisticio hecho con Lannoy, que nunca le gustó; y cuando, con muchísimo retraso, á mediados de junio recibió la noticia de la toma y saqueo de Roma, no quiso siquiera interrumpir las fiestas con que celebraba el nacimiento de su primogénito, habiendo ordenado justas y otras diversiones y tomando parte en alguna de aquellas (1). Sin embargo, se le dijo en términos muy serios que era preciso contentar á una nación que era mas católica que el mismo Papa. Los grandes eclesiásticos y laicos de España no disimularon al emperador su indignación al saber los sucesos ocurridos en Roma, y Quiñones, el general de los franciscanos, le dijo cara á cara que si no cumplía su deber respecto del Papa, no llevaría mas tiempo el título de emperador y solo podría dársele el título de general de Lutero. El embajador de Venecia en la corte de Valladolid escribió que todo el mundo se lamentaba allí de lo sucedido y que solo algunos flamencos y ciertos mercachifles quebrados se alegraban de ello. El hecho de haber caído en desgracia Gattinara y de hallarse por lo mismo cosa de seis meses alejado de la corte, paralizó indudablemente la política del emperador, cuya natural indecisión necesitaba ser excitada y á quien no podían conmovér los diplomáticos y políticos de segundo y tercer orden. Si Carlos hubiese estado en el sitio de los sucesos acaso habría tomado decisiones muy distintas de las que tomó después cuando al cabo de semanas ó meses supo lo que había sucedido, pues tan defectuosas eran las comunicaciones, que Leyva le escribió desde Milan que en el tiempo que necesitaban las órdenes del emperador para llegar á él, podía estar todo perdido, y le recomendó que no se fiase demasiado en su buena estrella, «porque Dios no hacía milagros cada día.»

La lentitud sistemática de Carlos en estos como en otros asuntos urgentes, le hizo perder también esta vez, que no fué tampoco la última, los frutos de su victoria. Oficialmente habló de juicio de Dios, de reforma eclesiástica y de concilio, cuya convocación su hermano Fernando le recomendaba

(1) Según nuestro historiador Lafuente, sucedió lo contrario. Carlos V mandó suspender los festejos que se celebraban por el nacimiento de su hijo Felipe, dispuso rogativas públicas y condenó las iniquidades cometidas, protestando que todo se había hecho sin su noticia y consentimiento. En el archivo de Simancas se conserva el manifiesto dirigido por Carlos á los príncipes cristianos en 31 de julio de 1527, deplorando la catástrofe de Roma y declinando toda responsabilidad por el suceso, que califica de infausto y abominable. (N. del T.)

muy especialmente; en sus instrucciones dijo después que al hablar de la libertad del Papa solo se había referido á su misión espiritual; pero á pesar de todo se decidió por fin á la completa restauración del poder temporal, porque el aplazamiento de su decisión había tenido por consecuencia cambiar el estado del ejército imperial, lo mismo que la situación política general, en notable perjuicio del imperio. La terrible guarnición de Roma, á la cual el hambre y la peste habían obligado á huir de la ciudad, volvió y continuó sus saqueos, según dice en su escrito aquel jefe de mercenarios ya citado, y se temió que la soldadesca se dejaría inducir por el cardenal Colonna á asesinar al Papa. A pesar de esto uno de los jefes españoles se resistió á conducir al Papa á Roma, como se le había mandado. Mas de una vez fueron llevados tirándolos de las cuerdas á que estaban atados los rehenes distinguidos que el Papa había entregado, á petición de la soldadesca, que á cada momento les amenazaba de muerte. Por fin, en 31 de octubre se llegó á un acuerdo, y en 26 de noviembre se firmó un tratado según el cual se concedieron al Papa la libertad y el poder temporal, imponiéndosele la obligación de observar la mas estricta neutralidad y de pagar á las tropas imperiales; pero Clemente no esperó el día de su liberación, sino que se evadió la noche antes con el auxilio de dos italianos imperialistas, entre ellos Morone, y se refugió en Orbiato. No se hicieron ilusiones los negociadores imperialistas que suponían que el Papa no cumpliría ninguna de sus promesas y que volvería á la liga, y Perez escribe: «Todos nos sorprenderíamos si el Papa hiciese lo contrario.»

Entretanto se había desorganizado completamente el ejército, indisciplinado, y no estaba ya como antes dispuesto á salir bien de cualquiera empresa. Tontos habrían sido los franceses si no hubiesen aprovechado esta ventaja debida á la lentitud del emperador. Verdad es que durante bastante tiempo Francisco I mostró también enfrente de los sucesos de Italia una indiferencia debida á su frivolidad, sin perjuicio de expresarse en términos enérgicos y sonoros. Tan pronto como se hablaba delante de él de la caza ó de otras diversiones, quedaba Francisco I completamente cambiado. Desde su regreso de España no pensó mas que en su amada Ana de Pisselen, después duquesa de Etampes, á quien había dirigido desde el campamento y después desde su prisión sus epístolas poéticas, y á la cual había jurado no huir nunca delante de sus enemigos. Solo después del saqueo de Roma tomaron una marcha algo activa sus negociaciones de alianza con Inglaterra. No se realizó la asamblea de los cardenales no prisioneros del vencedor, que según la proposición de Wolsey debía reunirse en Aviñon y organizar una especie de gobierno independiente de la Iglesia, para protestar en su caso contra las concesiones que pudieran arrancarse al Papa prisionero; pero el cardenal inglés llevó en persona á Francia la renuncia de su rey á la corona francesa, y en 18 de agosto de 1527 firmó en Amiens el tratado de paz definitivo entre ambos reinos. Cuando esto ocurría se hallaban ya las fuerzas francesas á las órdenes de Lautrec en el Norte de Italia, y no solamente Pavía y muchas otras ciudades de Lombardía sino también Génova abrieron las puertas al ejército francés; mientras Leyva, abandonado del emperador y del ejército principal, escribía á España que hacía cuatro meses que no recibía contestación á sus cartas urgentes, que su pequeño ejército estaba próximo á morir de hambre. En esta situación se dirigió Lautrec á Nápoles, y Alfonso de Ferrara y Federico de Mantua abandonaron el partido imperialista, si bien el último asegurando secretamente que en su interior quedaba siempre adicto al emperador.

Wolsey vivió por última vez en la ilusión de ser el árbitro de la gran lucha europea. Francisco I le había recibido con

toda la pompa con que se recibe á un rey y como tal le trató, mandando hacer á su entrada salvas de artillería y hasta le concedió el real privilegio de perdonar á los delincuentes. Al mismo tiempo Carlos continuaba sus esfuerzos para atraerse al gran diplomático, si bien no podía esperar seriamente ganar á un hombre como Wolsey con una pensión de mas ó menos miles de ducados anuales ni con la esperanza ya gastada de colocarle en la silla de San Pedro.

Pero la política de Wolsey se hallaba ya en la pendiente que inevitablemente le había de conducir á su caída. El blanco de todos los deseos del rey Enrique VIII no era ni sus relaciones con el rey de Francia ni con el emperador, sino únicamente el afán de divorciarse de su esposa española y de casarse con Ana Bolena. El embajador español en Lóndres vió bien clara la diplomacia falaz de los adversarios ingleses de Wolsey, que esperaban hacer caer á este ministro odiado, favoreciendo en apariencia la política anti-imperial del cardenal y apoyando la resolución del rey de divorciarse. Importaba á los ingleses mas la buena inteligencia con Carlos V, por ser éste soberano de Flandes, que con el rey de Francia, y así cuando Wolsey trató de trasladar el comercio inglés con Amberes á Calais, se aumentó su impopularidad, que por otra parte había crecido ya con la alianza francesa, que había ocasionado gastos é interrupciones de tráfico en apariencia estériles. Un embajador de Francia escribía, refiriéndose al cardenal inglés: «Se ha empeñado en un juego peligroso, pues en mi opinión es el único inglés que desea una guerra con Flandes.» Todo se juntó para despertar en las clases bajas un espíritu peligroso: la disminución de la fabricación de tejidos; las malas cosechas; la subida de los precios de cereales y carnes; la terrible epidemia de la fiebre miliar, y el número creciente de obreros sin trabajo y de soldados licenciados y vagabundos. En el pueblo hambriento se oían voces diciendo que era preciso abandonar al cardenal en una lancha agujereada en alta mar. Así como antes había atendido Wolsey á los intereses económicos de Inglaterra, á la sazón los perjudicaba con su política. Esto excitó contra él al pueblo, mientras por otro lado no tardó en enajenarle la protección de su soberano la imposibilidad de recabar del Papa la dispensa para el divorcio. En suma, las circunstancias no permitieron que Inglaterra tomara parte en la guerra entre Francia y el emperador, y así debió Carlos V mas á su buena estrella que á su discreción y actividad que saliera triunfante también esta vez de la grave crisis del año 1528; porque desde fines de abril estaba cercada Nápoles por tierra por el ejército de Lautrec y por mar por la escuadra de Génova. El virey, duque de Moncada, que hacia poco había sucedido á Lannoy, pereció en un desgraciado encuentro con la escuadra genovesa; pero en cambio fué mas escuchada por las tropas desorganizadas del difunto duque de Borbon la voz del príncipe Filiberto de Orange, que había ambicionado y obtenido el mando en jefe. Los soldados mercenarios tan desenfundados en Roma, dijeron que se contentarían con pan y agua, para que no se pudiera decir que por falta de vino soldados alemanes habían entregado una ciudad como Nápoles. En efecto, su situación no dejaba de ser crítica, y la del emperador era peor que en ningun otro año de esta guerra interminable. En la corte de Inglaterra se discutió la destitución del emperador por el Papa ultrajado, á lo cual Wolsey, según aseguró al embajador francés, quería contribuir todo cuanto pudiese. En una fiesta dada por el mismo Wolsey se celebró la liberación del Papa de las manos «de gente perversa, peor que los turcos,» y sin decir que se aludía al emperador se dijo, no obstante, que todo el mal era debido á la codicia desenfundada de un hombre que trataba de someter al mundo entero á su autoridad.

Conforme á este espíritu los venecianos excitaron al sultán de Turquía á atacar enérgicamente los territorios austriacos, así como Maximiliano en su tiempo había excitado á los turcos contra Venecia. Fernando, á la sazón rey de Hungría, en vista de la tempestad que amenazaba del lado de Oriente acalló su deseo de obtener el ducado de Milan y en lugar de pasar con un ejército á Italia, como su hermano el emperador deseaba, le recomendó que hiciese la paz con Francia. El duque Enrique de Brunswick llegó en la primavera de 1528 á la Italia del Norte con un ejército alemán, en el cual figuraban gran número de nobles con sus hombres de armas, ávidos al parecer como los alemanes que les habían precedido, de obtener dinero y botín. De estos decía un español indignado que eran «la caterva de herejes mas repugnante.» Ellos por el contrario se tenían por «la flor de Alemania,» lo que no impidió que este ejército estuviera á punto de matar á su jefe, el citado duque. No fueron los esfuerzos militares de los suyos los que produjeron para Carlos un cambio súbito de la situación, sino por un lado los estragos de la peste en el ejército francés delante de Nápoles, á los cuales sucumbió una gran parte de este ejército con Lautrec, su general en jefe, y por otro lado quizás la gravísima falta política del rey Francisco, que descontentó á Andrés Doria, el héroe marino genovés, que con su escuadra había cambiado principalmente la situación en perjuicio del emperador. Este marino, disgustado por no ver recompensados debidamente sus servicios ni los de su patria, Génova, á la cual Francisco no quiso restituir á Savona, abandonó la causa del rey de Francia. A principios de julio levantó su sobrino el bloqueo de Nápoles, y el 12 de setiembre se presentó Andrés Doria en Génova levantando la bandera del emperador. Poco tiempo después el papa Clemente VII, bajo la protección de fuerzas imperiales, regresó á Roma. Clemente había tenido la prudencia de aplazar su nuevo ingreso en la liga italiana, á pesar de las instancias de Contarini, el noble embajador de Venecia, que le conjuraba que atendiese á la libertad é independencia de Italia y á las obligaciones de su elevado cargo, diciéndole: «No crea Vuestra Santidad que el bienestar de la Iglesia de Cristo dependa de este pequeño Estado temporal, pues antes de pertenecer este Estado á la Iglesia, ya existía la Iglesia y á la verdad mejor que ahora, porque la Iglesia es la comunidad de los cristianos, cuando el Estado temporal no es mas que uno de tantos de los príncipes italianos.» A estas reflexiones contestó Clemente que á los que quieren ir en este mundo por el camino derecho se les trataba de animales. No olvidó Clemente que Venecia no quería restituírle á Rávena y Cervia y que Francisco I había casado á su cuñada Renata con el hijo del duque de Ferrara. «Al verse tratado así, decía el obispo de Bayeux, hombre de confianza del Papa, Su Santidad se habría visto obligado á entregarse, no al emperador, sino al mismo diablo para que no se burlaran de él por mas tiempo sus enemigos.» Basta comparar esta expresión ordinaria de un prelado con las reflexiones serias de Contarini para comprender el abismo que existía entre los hombres mundanos de la curia y los hijos laicos y profundamente piadosos de la Iglesia. Brosch resume con estas palabras su juicio histórico respecto de este pontífice, humillado pero incorregible, y cuyos pensamientos mas que nunca se ocuparon en la suerte presente y venidera de los miembros de su familia: «Como Papa perdido y como Médicis salvado.»

Si no en la corte papal, en todas las demás partes se deseaba la paz. En Francia como en Inglaterra hubo carestía y desórdenes; los Países-Bajos estaban exhaustos, y la resistencia principalmente de los prelados y de las ciudades á las incesantes exigencias del tesoro iban ya produciendo con-